

# La respuesta narcisista.

## Modelos freudianos del dolor

Luciano Lutereau

En este artículo nos detendremos en la serie de textos en que Freud se propone esclarecer cuál es el estatuto del dolor para el psicoanálisis.

En principio, pueden reconocerse cuatro modelos a los que Freud apela para tratar de examinar el estatuto del dolor: a. el dolor orgánico o físico. Secundariamente, Freud lo utiliza para explicar algo de lo que podría ser el dolor anímico o psíquico; b. el dolor de existir, que se puede encontrar en los planteos de *El malestar en la cultura*, en tanto algo propio de un dolor por la infelicidad estructural –se puede pensar como un dolor relacionado con la pérdida de objeto de la “supuesta” satisfacción–; c. el dolor por sobreexcitación sexual, por una carga que sobrepasa los límites tolerables; d. el dolor masoquista –en el masoquismo hay claramente una posición del sujeto frente al Otro con la aspiración de obtener un placer en el dolor–. Ésta es una manera de organizar las referencias de Freud con respecto al dolor, que se inician en los primeros trabajos sobre la cocaína y tienen su punto de llegada en las consideraciones sobre el malestar en la cultura. Son los dos polos que pueden encontrarse en la obra freudiana.

Asimismo, podemos dividir la obra de Freud en tres partes, ubicando para cada una de ellas una pareja de textos. En la primera parte tenemos el *Manuscrito G* y el *Proyecto de psicología para neurólogos*. En la segunda parte encontramos *Duelo y melancolía* y *La represión*. Para el tercer momento ubicamos *Inhibición, síntoma y angustia* y *El problema económico del masoquismo*.

Para los primeros textos cabe el contexto del trabajo de Freud sobre las neurosis actuales y las psiconeurosis de defensa. En relación

con el segundo par, el texto crucial de referencia es *Introducción del narcisismo*. Y en relación con el tercero, es necesario tener en cuenta que son textos posteriores a *Más allá del principio del placer*. A continuación, realizaremos un recorte ordenado de todos estos textos, hasta llegar a *Inhibición, síntoma y angustia*.

## Primer momento

El *Manuscrito G* es un texto que se ocupa del tema de la melancolía y que trata sobre la cuestión del dolor de manera secundaria. Esa problemática interesa porque la melancolía y la manía representan el paradigma de las afecciones narcisistas; es decir, el dolor melancólico y la solución “maníaca” son el paradigma de las afecciones narcisistas. En este punto, cabe subrayar el vínculo estrecho que existe en este caso con el problema de la excitación sexual: lo que Freud llama un estrecho vínculo con la excitación sexual está especificado, al modo de una fórmula, como la pérdida de la libido: “La melancolía consistiría en el duelo por la pérdida de la libido” (Freud, 1895, p. 240).

De acuerdo con esta última afirmación, importa entender la cuestión en función de una energía psíquica y no como tensión sexual somática. Entonces, la cuestión sería la pobreza de excitación en las representaciones psíquicas, ligadas a la sexualidad. Esa pobreza puede adquirirse por dos vías distintas: o por un déficit en la sexualidad somática (las representaciones ligadas a la sexualidad no son investidas por esa excitación en el cuerpo; en este caso, se da una conexión entre la melancolía con la neurastenia) o porque no haya una disminución de la cantidad de la sexualidad somática pero sí un desvío (en este caso, también hay una pobreza de la energía psíquica y entonces esto se descarga por otra vía, como, por ejemplo, la angustia; tenemos así la conexión de la melancolía con la neurosis de angustia). De este modo, Freud especifica tres formas de melancolía: la melancolía neurasténica, la melancolía de angustia y lo que llama “melancolía grave”, común, genuina o cíclica, que se corresponde con lo que la psiquiatría denominaba en ese momento como locura maníaco-depresiva.

Entonces, la explicación de Freud del dolor melancólico como una pérdida de la libido, un problema ligado a la excitación sexual, se apoya en esas explicaciones de la neurastenia o de las neurosis de angustia como un déficit en la catexia del grupo sexual psíquico, ya sea por una disminución o por un desvío de la sexualidad, por un más o un menos que delimitan un resto de una operación de ligazón psíquica no realizada.

Ahora bien, poco a poco la melancolía grave, común y genuina será separada por Freud de esas neurosis actuales. Ya hay algunos antecedentes en este texto. Éste es el aspecto fundamental, ya que podría tener un estatuto propio y no confundirse con la neurastenia o la neurosis de angustia. Unos años después la hipocondría reemplaza a la melancolía en este grupo, especialmente en la época de *Introducción del narcisismo*. En este momento, la melancolía está todavía considerada como una neurosis actual, como si en alguno de sus casos no hubiera un mecanismo psíquico de defensa.

¿Qué es lo que especifica esa pérdida de la libido en la melancolía grave, común, genuina? Aquí es donde la explicación es compleja, ya que Freud hace jugar el modelo del dolor orgánico para tratar de explicar con una suerte de analogía el dolor psíquico de la melancolía: Freud apela a la imagen de un agujero o de un vacío en lo psíquico, análogo a una hemorragia o una herida interna.

En definitiva, primero subraya el problema de la excitación sexual como causa del dolor melancólico y, en ese sentido, pone a la melancolía en serie con el resto de las neurosis actuales; pero el segundo intento de explicación toma como modelo el dolor orgánico (como una hemorragia interna). Freud sugiere una metáfora en donde se produciría en lo psíquico un agujero o un vacío. Estos son los puntos importantes de extraer de este manuscrito.

En este punto el *Proyecto de psicología para neurólogos* agrega un dato más. Incluye la consideración de una vivencia originaria de dolor. Subrayemos lo siguiente: sería otro modelo distinto, un modelo metapsicológico, que intenta preguntarse por la constitución subjetiva y dar cuenta de ella. Frente a la imagen mnémica o el recuerdo de esa vivencia de dolor, se produce el estado equivalente al dolor orgánico. Otra vez Freud hace ese desfasaje. Dice Freud:

“Si la imagen mnémica del objeto (hostil) es de algún modo investida de nuevo, se establece un estado que no es dolor, pero tiene semejanza con él. [...] Sólo resta suponer que por la investidura de recuerdos es desprendido {desligado} displacer desde el interior del cuerpo, y es de nuevo transportado hacia arriba.” (Freud, 1895b, p. 365)

Es decir, recordar esa vivencia de dolor desencadena un mecanismo por el cual vuelven a ponerse en juego cantidades displacenteras de excitación corporal. El dolor psíquico se explica por el supuesto desprendimiento de un quimismo sexual del cuerpo. Dice Freud:

“Un apuntalamiento para este supuesto extraño, pero indispensable, lo proporciona la conducta del desprendimiento sexual. Simultáneamente se impone la conjetura de que los estímulos endógenos consistirían, aquí como allí, en productos químicos, cuyo número puede ser considerable.” (Freud, 1895b, p. 386)

Para resumir, a lo que en el *Manuscrito G* Freud concibe en relación con esos dos modelos –el del problema de la excitación sexual en pérdida y el modelo de agujero o vacío psíquico como una hemorragia interna– agrega esta consideración de la constitución del sujeto en relación con una vivencia con el objeto.

Llegados a este punto, se plantean ciertos puntos problemáticos con relación a estos primeros intentos de conceptualización. En primer lugar, la necesidad de una teoría que dé cuenta de las relaciones entre lo orgánico y lo psíquico; es decir, de esta primera consideración de textos se desprende la importancia de contar con una teoría que dé cuenta de las maneras en que lo orgánico y lo psíquico se relacionan: se necesita de la noción de cuerpo y de la de pulsión. La segunda dificultad se refiere al manejo de las nociones de lo interior y lo exterior; es decir, cuando se refiere a un agujero en el interior de lo psíquico o a una hemorragia interna, la dificultad es precisar qué sería lo interno y lo externo. He aquí los dos puntos problemáticos de este primer momento. Toda la explicación de Freud confluye en una exterioridad, vacío o agujero, en el interior de lo psíquico.

## Segundo momento

En este apartado nos detendremos en otros dos textos: *Duelo y melancolía* y *La represión*. En el primero, aun con la noción de pulsión, de cuerpo como construcción secundaria a las pulsiones parciales, Freud vuelve a referirse a la melancolía como un dolor por una hemorragia interna. Incluso con nociones un poco más claras, se vuelve al mismo punto de dificultad, volviendo a tomar el modelo del dolor orgánico.

En segundo lugar, vuelve a localizar –tanto como causa de la melancolía así como solución posible de la manía– la acción de unas toxinas sexuales o no sexuales. Freud supone que algunos cuadros melancólicos podrían tener como etiología algún uso de ciertas toxinas. Bastaría con algo de un uso de ciertas toxinas para que se produzca una afección del tipo de la melancolía. También ubica a las toxinas como solución posible: la manía o la borrachera como solución para el dolor melancólico.

En tercer lugar, hay que incluir la idea más novedosa de que podría haber una *cancelación* no sólo del dolor sino también de la represión como mecanismo eficaz. Esto ya es un paso nuevo que se puede extraer de estas nuevas referencias. En el caso del dolor melancólico, hay una suerte de cancelación del mecanismo de la represión que puede ser considerado como causa o como efecto.

La última cuestión, que ya precisa del concepto de narcisismo, es que a consecuencia del dolor se produce una contrainvestidura narcisista que empobrece al Yo. Entonces, se inviste con energía psíquica ese problema del dolor o esa representación dolorosa o ese lugar del cuerpo que duele, de tal manera que se produce un empobrecimiento de todas las funciones yoicas (el pensamiento, el dormir, la función motriz, la alimentación, etc.), incluida la función sexual. También se observa aquí una explicación análoga al *Manuscrito G*. Hay una especie de agujero que succiona toda la energía que produce esa fuerte inhibición melancólica. Lo importante es que Freud lo llama una contrainvestidura narcisista.

En *La represión* tomamos como referencia la primera página. Aquí surge el modelo de lo que Freud llama una “pseudo-pulsión”. Ahora bien, Freud puede retomar esa analogía del dolor orgánico para

explicar el dolor anímico pero con conceptos más precisos como el de pulsión. La pseudo-pulsión le plantea al psiquismo resolver esa excitación. Esto se siente como dolor y necesita de una respuesta imperativa, ya sea una distracción o una intoxicación. El ejemplo podría ser el del dolor de muelas, que exige alguna tramitación inmediata, requiere de una respuesta imperativa. Podríamos llamarla una respuesta “pseudo-fantasmática”: si llamamos a esa tensión dolorosa por la enfermedad de un órgano una pseudo-pulsión, la respuesta sería entonces pseudo-fantasmática. No es la de las fantasías inconscientes. Dice el texto de Freud:

“Puede ocurrir que un estímulo exterior sea interiorizado, por ejemplo si ataca o destruye a un órgano; entonces se engendra una nueva fuente de excitación continuada y de incremento de tensión. Tal estímulo cobra, así, notable semejanza con una pulsión. Según sabemos, sentimos este caso como dolor. Ahora bien, la meta de esta pseudo-pulsión es sólo el cese de la alteración de órgano y del displacer que conlleva. Otro placer, un placer directo, no puede ganarse con la cesación del dolor. El dolor es también imperativo; puede ser vencido exclusivamente por la acción de una droga o la influencia de una distracción psíquica.” (Freud, 1915, p. 141)

Así llegamos al punto más engorroso, donde los términos de Freud no alcanzan del todo, no son suficientes. Pero podemos ensayar una respuesta: se trata de una respuesta imperativa pseudo-fantasmática frente a un movimiento de una pseudo-pulsión que no pasa por el Otro. Freud no lo dice exactamente así pero especifica que el movimiento de la pulsión, de cualquiera de ellas, implica necesariamente una vuelta por el Otro. Tomemos el mirar, el mirarse y el ser mirado por el Otro. En el concepto de pulsión es ineludible la presencia o la referencia al Otro; como dice Freud, la psicología individual es de entrada una psicología social, de entrada se tiene en cuenta al Otro. Una pulsión es aquella que incluye una referencia al Otro. No hay pulsión de ver sin esa vuelta por el cuerpo del Otro, por la mirada de la madre o del padre. Lo que Freud llama pseudo-pulsión sería entonces algo semejante pero que no pasa en su movimiento por el Otro, por el cuerpo del Otro. La respuesta es pseudo-fantasmática.

### Tercer momento

Llegamos de esta manera a la tercera pareja de textos. Y aquí habría que intentar analizar cómo piensa Freud los principios reguladores de la economía psíquica. Como sabemos, a la dupla principio de placer-principio de realidad, Freud agrega el más allá del principio de placer. En *El problema económico del masoquismo* dice: “Desde el punto de vista económico, la existencia de la aspiración masoquista en la vida pulsional de los seres humanos puede con derecho calificarse de enigmática.” (Freud, 1924, p. 165)

Esta aspiración masoquista es ya una posición del sujeto frente al Otro de sus fantasías. Freud lo llama aspiración. El sujeto aspira a conseguir una satisfacción en el dolor. Entonces, dice:

“En efecto, el masoquismo es incomprensible si el principio de placer gobierna los procesos anímicos de modo tal que su meta inmediata sea la evitación de displacer y la ganancia de placer. Si dolor y displacer pueden dejar de ser advertencias para constituirse, ellos mismos, en metas, el principio de placer queda paralizado, y el guardián de nuestra vida anímica, por así decir, narcotizado.” (Freud, 1924, p. 165)

Aparece, otra vez, la cuestión y la referencia de la narcosis. Freud agrega:

“Nos sentimos tentados de dar al principio de placer el nombre de guardián de nuestra vida, y no sólo de nuestra vida anímica. Pero entonces se plantea la tarea de indagar la relación del principio de placer con las dos variedades de pulsiones que hemos distinguido, las pulsiones de muerte y las pulsiones eróticas (libidinosas) de vida.” (Freud, 1924, p. 166)

Freud sigue tentado de otorgar al principio de placer el estatuto del guardián de la vida. Pero hay que decir lo siguiente: en realidad, el principio de placer es insuficiente para mantener la vida. Esto se ve de entrada en Freud. El principio de placer tiende todo el tiempo al placer. Y lo único que llega a conseguir es una satisfacción alucinato-

ria. Si estuviéramos gobernados solamente por el principio de placer no duraríamos vivos ni quince minutos, eso llevaría directamente a la muerte. Por eso Freud tuvo que postular la suposición de un principio de realidad. Es decir, antes de este momento, la oposición era entre el principio de placer y el principio de realidad. Entonces, queda el principio de placer, junto con el principio de realidad, que intenta posponer el placer y soportar el displacer, versus el más allá del principio de placer, como la satisfacción de encontrar placer en el dolor. De ahí la suposición de un masoquismo primario, del que luego se desprenderá el masoquismo femenino y el masoquismo moral como manifestaciones secundarias del mismo.

Con esa referencia podemos explorar la adenda de *Inhibición, síntoma y angustia*. Allí Freud se plantea la cuestión del dolor en relación con la angustia y en relación con el duelo. Hace las mismas salvedades de los primeros textos que mencionamos. Todo el tiempo se preocupa en aclarar lo poco que se puede decir desde el punto de vista psicoanalítico respecto del estatuto del dolor.<sup>1</sup> Ahora bien, se plantea una pregunta muy precisa: “¿cuándo la separación del objeto provoca angustia, cuándo duelo y cuándo quizá sólo dolor?” (Freud, 1926, p. 158). Vuelve de este modo a retomar la pregunta sobre la constitución del sujeto en relación con el objeto, ahora sí, con otras referencias. Plantea que la genuina reacción frente a la pérdida de objeto es el dolor. En todo caso, la angustia y el duelo son respuestas más elaboradas respecto de esa primera respuesta que es el dolor.

Cabe observar que esto es similar a lo dicho del masoquismo. El masoquismo femenino o el masoquismo moral son ya elaboraciones secundarias respecto del masoquismo erógeno. El masoquismo moral lo encuentra Freud en la neurosis obsesiva como respuesta a la angustia de castración. En el caso de la histeria, de la histeria femenina, la angustia frente a la pérdida de amor. Todas estas posiciones requieren una elaboración. Lo mismo sucede en este punto, en donde la genuina reacción frente a la pérdida del objeto es el dolor. Para que eso se

<sup>1</sup> “Es tan poco lo que hay sobre la psicología de los procesos de sentimiento que las siguientes, tímidas, puntualizaciones tienen derecho a reclamar la mayor indulgencia.” (Freud, 1926, p. 158)

transforme en un duelo se requiere de una serie de herramientas de las cuales hay que ver si un sujeto dispone o no. Por consiguiente, aún la angustia es como respuesta más elaborada que el dolor. Entonces, lo que usa Freud como ejemplo es la situación del lactante. El bebé o el lactante frente a la pérdida del objeto vive esta situación como dolorosa. A esto podemos elevarlo a un estatuto universal con el planteo freudiano sobre el malestar en la cultura. En tanto ese objeto está perdido por estructura, o por la influencia de la cultura, existe esa pérdida de objeto para todos: la infelicidad universal contemplada en el acto de la creación del hombre.

Ahora bien, la angustia es una respuesta elaborada en la medida en que se pueda simbolizar esa pérdida de objeto de satisfacción. ¿Cómo entender ese modo que tiene el lactante de elaborar esa pérdida? ¿Cuáles son las herramientas o las operaciones a su disposición? En términos freudianos, se trata inicialmente del *fort-da*. Simbolizar esa pérdida como la ausencia del otro que puede volver a estar presente, que es una problemática relativa a la falta de objeto, en términos imaginarios, es lo que le permite al bebé elaborar la experiencia dolorosa.

En otro sentido, lo otro que se requiere para simbolizar esa pérdida es el momento o la operación de “soldadura” o “matrimonio” (tal cual los términos de los cuales hace uso Freud al hablar de la relación entre fantasía y pulsión o de la analogía entre la relación de los sexos y la del alcohólico con su botella), matrimonio entre el lactante y el falo, es decir, simbolizar la pérdida en términos de angustia de castración. En tanto no haya el trabajo del *fort-da*, de la simbolización de esa pérdida, y en tanto no haya un trabajo de casamiento o ligazón con el falo, no hay una respuesta más elaborada como es el caso de la angustia y del duelo, a menos que pensemos en una respuesta secundaria y tardía por la vía del delirio. Cuando existe la posibilidad de la angustia, se puede elaborar la pérdida como pérdida de amor: mi mamá me quiere o mi mamá no me quiere por tal o cual cosa. Pero Freud sostiene que no hay una perspectiva de responder a la pregunta inicial: “Nos conformaremos con hallar algunos deslindes y algunas indicaciones.” (Freud, 1926, p. 159)

Tras realizar estas primeras consideraciones, Freud vuelve a traer

a consideración el modelo de un dolor orgánico para explicar el dolor psíquico, contando ya con el texto de *Más allá del principio del placer*, donde el dolor orgánico puede explicarse como la consecuencia de una ruptura de la protección antiestímulo. Lo complicado allí vuelve a ser el modo en que Freud considera la distinción entre lo exterior y lo interior. Se pregunta cómo congeniar una explicación con la otra, ¿cómo congeniar la condición genética que explica el dolor orgánico con la explicación del dolor psíquico como consecuencia de la separación del objeto de satisfacción? Dice: “Empero, no dejará de tener su sentido que el lenguaje haya creado el concepto del dolor interior, anímico, equiparando enteramente las sensaciones de la pérdida del objeto al dolor corporal.” Ese es un recurso reiterado en Freud, ya que no contaba con la topología, la lingüística (disciplinas de las que hicieron uso analistas posteriores), utilizaba el valor antitético de las palabras primitivas y un valor semántico que, en el uso popular, podría estar expresando una verdad congénita. De esta manera puede seguir avanzando en su teoría. Y es precisamente allí donde se mete con la cuestión del narcisismo: “A raíz del dolor corporal se genera una investidura elevada, que ha de llamarse narcisista, del lugar doliente del cuerpo; esa investidura aumenta cada vez más y ejerce sobre el yo un efecto de vaciamiento.” (Freud, 1926, p. 160)

De este modo podemos formular la hipótesis que presenta al narcisismo como una “pseudo-fantasia”, es decir, como un montaje de representaciones e imágenes que pretenden preservar algo de un cuerpo que duele y que no termina de presentarse ausente.

## **Dolor y narcisismo**

A partir de los momentos establecidos en los apartados anteriores, repasemos los cuatro modelos del dolor: el modelo orgánico/físico (en el que se piensa por analogía al dolor anímico), el dolor por la pérdida de objeto o separación del objeto (el dolor de existir, desde *El malestar en la cultura*), el dolor por sobreexcitación sexual y el dolor masoquista como una satisfacción en el dolor que requiere de

una posición subjetiva frente al Otro. Estos cuatro modelos confluyen en *Inhibición, síntoma y angustia* para explicar el estatuto del dolor anímico.

Freud comienza haciendo referencia al segundo de estos modelos, diciendo que el dolor es la respuesta original frente a la pérdida de objeto de la satisfacción o frente a la separación con ese objeto. Toma la referencia del lactante cuya primera reacción por esa pérdida es el dolor. La angustia –tanto como el duelo– son elaboraciones secundarias a esa experiencia.

Para elaborar ese dolor originario y producir angustia o la posibilidad de elaborar un duelo mencionamos que hacía falta convertir esa pérdida en una falta, en un objeto que falta momentáneamente. Falta como presencia de una ausencia. Freud se refiere en este caso al juego del *fort-da*, no a su versión primera en donde lo que se repite, más allá del principio del placer, es el *fort*, sino el movimiento completo. Se simboliza la pérdida y se la convierte en falta.

La otra referencia que no está explicitada por Freud es la angustia como el primer efecto de una soldadura: matrimonio, con el falo o con la fantasía. Es un lugar impreciso en el argumento de Freud. Es claro que tanto la angustia como el duelo son elaboraciones secundarias, así como el masoquismo femenino o moral son elaboraciones secundarias del masoquismo originario.

Luego Freud recuerda otro modelo, trabajado en *Más allá del principio del placer*, el del dolor entendido como un aumento de tensión que rompe la barrera de protección anti-estímulo. Esto explicaría de algún modo el dolor físico u orgánico. Ahí está el problema de la periferia interna. Freud dice: “En nada varía la situación cuando el estímulo no parte de un lugar de la piel, sino de un órgano interno; no ocurre otra cosa que el reemplazo de la periferia externa por una parte de la interna.” (Freud, 1926, p. 159) Pero la pregunta, entonces, era la siguiente: cómo hacer confluir estas distintas explicaciones, la explicación del dolor físico u orgánico (como una especie de resultado de la tensión que rompe las barreras de la protección anti-estímulo) y la explicación por la pérdida de objeto. Dice: “Es indudable que en la situación de añoranza del niño falta por completo el factor, esencial

para el dolor, de la estimulación periférica.” (Freud, 1926, p. 160) ¿Cómo explicar que la añoranza dolorosa del objeto que se separó puede ser comparable con esa estimulación periférica? El problema es entonces a qué llama periferia, suponiendo que puede ser un estímulo que no provenga del exterior sino que sea un estímulo interno que funciona como uno externo.

Usa este argumento para poder guiarse y explica primero el dolor corporal, situando que lo que se genera ahí es una elevada investidura que llama narcisista. El dolor corporal solicita una investidura psíquica de ese órgano doliente. La diferencia con la sollicitación somática de la histérica es que en la histeria se responde con la fantasía. En cambio, en este caso, lo que viene a funcionar como respuesta es una investidura narcisista del lugar doliente del cuerpo. En el caso del síntoma histérico, el sentido aparece en función de los materiales que aporta la fantasía. Por lo tanto, tenemos que situar qué significa “investidura narcisista”, cuál es el uso que le da Freud a esta noción.

Freud señala que hay una transferencia por analogía al ámbito de lo anímico. La investidura narcisista ya es un conjunto de imágenes y de representaciones, aunque no es una fantasía. Es decir, se arma una serie de representaciones e imágenes de ese órgano que no existían hasta ese momento y a causa de esto se produce una suerte de vaciamiento en el Yo. Ese es el argumento de Freud. “Es sabido que con motivo de dolores en órganos internos recibimos representaciones espaciales y otras de partes del cuerpo que no suelen estar subrogadas en el representar consciente.” (Freud, 1926, p. 160) Los dolores del cuerpo hacen aparecer representaciones e imágenes corporales de las cuales no se disponía. Luego Freud apela al contraejemplo. Dice: “también el notable hecho de que aun los dolores corporales más intensos no se producen (no es lícito decir aquí: permanecen inconscientes) si un interés de otra índole provoca distracción psíquica” (*Ibid.*), y de allí va hacia la conclusión. Es decir, los dolores crean una serie de representaciones, se produce una investidura narcisista en ese sentido. Por lo tanto, se empobrece el Yo.

Lo que Freud está tratando de argumentar es que hay algo del dolor que precisa de alguna representación y que, a su vez, hay algo en

las representaciones que puede convocar ese dolor o hacer como si no existiera. Explica esto por una “concentración de la investidura en la agencia representante psíquica del lugar doliente del cuerpo.” (*Ibid.*) Se genera una representación en el psiquismo que tiene como función representar el lugar doliente. Dice: “en este punto parece residir la analogía que ha permitido aquella transferencia de la sensación dolorosa al ámbito anímico” (*Ibid.*). Por ahora, Freud explica siguiendo el primer modelo del dolor corporal y su analogía con lo anímico.

Luego, Freud produce un salto cuando intenta explicar y relacionar este modelo con la pérdida de objeto. Dice: “La intensiva investidura de añoranza, en continuo crecimiento a consecuencia de su carácter irrestañable, del objeto ausente (perdido) crea las mismas condiciones económicas que la investidura de dolor del lugar lastimado del cuerpo y hace posible prescindir del condicionamiento periférico del dolor corporal.” (*Ibid.*) La investidura de añoranza del objeto perdido equivale (se produce en las mismas condiciones económicas) a la investidura narcisista del órgano doliente.

“El paso del dolor corporal al dolor anímico corresponde a la mudanza de investidura narcisista en investidura de objeto”. Esta frase es problemática. Agrega: “La representación-objeto, que recibe de la necesidad una elevada investidura, desempeña el papel del lugar del cuerpo investido por el incremento de estímulo.” (*Ibid.*) El objeto perdido que es el pecho vale como un órgano doliente separado del cuerpo y se comporta como una especie de exterioridad interna.

De este modo Freud consigue reunir dos de los cuatro modelos sobre el dolor. El dolor corporal y el dolor por la pérdida de objeto. Con lo cual, en este caso, con “narcisismo” se refiere a una retracción de la libido al Yo. Así como el narcisismo primario es la constitución del cuerpo y la constitución del Yo, a estos fenómenos clínicos Freud los piensa como narcisistas porque lo que está en juego es de ese orden. No está en juego el funcionamiento de la fantasía y lo que se produce es un empobrecimiento de las funciones del Yo, quien concentra sus energías en un solo punto.

La dificultad está en cómo Freud explica la megalomanía. Lo que Freud llama delirio de grandeza no es la retracción de la libido al Yo,

no se trata de la investidura narcisista tal como pretende ubicarla en este texto, es ya una respuesta elaborada por la cual el Yo se agranda. En realidad, la retracción de la libido al Yo tiene por momentos para Freud una función paradójica. Por un lado, se intenta preservar algo del Yo pero, a la vez, produce un empobrecimiento de las funciones yoicas. Esa es la explicación de Freud. Lo que se empobrece son las funciones del Yo y del cuerpo. Entonces, hay que resaltar este resultado paradójico. Secundariamente, pueden aparecer fenómenos megalómanos.

De acuerdo con esta perspectiva, cabe destacar hay que “tolerar” algunas ideas que no se comprenden bien para tratar de reunir lo que va confluyendo en las ideas de Freud sobre el dolor. Si lo hacemos podemos localizar cómo tanto en el modelo del dolor orgánico, o de la hipocondría, como en el modelo del dolor por la añoranza del objeto perdido, lo que responde es la investidura narcisista.

El tercer modelo también está ubicado por Freud porque dice que la cualidad del *displacer*, es decir, la respuesta de la angustia y la posibilidad del duelo (tanto como las posiciones masoquistas secundarias) dependen también de la relación entre el factor cuantitativo (del componente sexual erógeno) y la soldadura con las representaciones de la fantasía. Freud dice:

“Si la sensación de *displacer* que entonces nace lleva el carácter específico del dolor (no susceptible de otra descripción), en lugar de exteriorizarse en la forma de reacción de la angustia, cabe responsabilizar de ello a un factor que ha sido poco tenido en cuenta hasta ahora en la explicación: el elevado nivel de las proporciones de investidura y ligazón con que se consuman estos procesos que llevan a la sensación de *displacer*” (*Ibid.*).

Entra en juego allí el modelo cuantitativo y la idea de una “ligadura” necesaria. Ubica una relación de proporción entre la cantidad de la excitación (el componente erógeno) y la posibilidad de ligar eso al campo de la fantasía. Esta excitación en más se descarga como dolor y precisa de una respuesta también menos elaborada pero más inmediata.

## Conclusiones y perspectivas

Los cuatro modelos del dolor ofrecen dificultades a la elaboración conceptual, Freud no deja de aclararlo bien. En este artículo hemos realizado una propuesta de lectura que intenta recortar las distintas referencias en donde Freud pretende decir algo sobre el estatuto del dolor para el psicoanálisis, sin estar muy seguro de lo que dice. Proponemos, de este modo, reunir estos elementos y abrochar una primera definición: ubicar a la organización narcisista como una pseudo-fantasia, es decir, un pseudo-fantasma (así como teníamos para el dolor el modelo de una pseudo-pulsión). Asimismo, vemos que presenta las siguientes características:

- Hace frente al dolor entendido como pseudo-pulsión.
- Su recorrido no pasa por el cuerpo del Otro.
- Supone una respuesta más inmediata pero menos eficaz.
- Requiere de la repetición del proceso.
- El fracaso de esa solución se traspone en: insomnio y pesadillas, fenómenos alucinatorios o confusionales, fenómenos hipocondríacos, estados hipnoides, posiciones melancólicas, posiciones masoquistas y posiciones paranoides.

Se puede pensar que una respuesta para estos fracasos puede ser la de la manía: la toxicomanía, la erotomanía o la megalomanía. El delirio de grandeza o las sensaciones de omnipotencia son una respuesta más, incluyendo allí los fenómenos de pensamiento mágico, de telepatía u omnividencia. Y puede pensarse también, la toxicomanía como un modo de intentar responder a esa primera respuesta narcisista fracasada. Incluso una posición melancólica puede ser un intento de resolver algo de esa primera experiencia dolorosa que no puede tramitarse por la vía de la fantasía pero que, como respuesta, es insuficiente. Es ésta una vía de exploración para futuros trabajos.

En ese sentido, sería necesario volver a tomar el estatuto de la manía y de la melancolía, aunque sea para señalar la referencia que falta. Entonces, las referencias vuelven a ser la hipocondría y el par manía-melancolía, por ejemplo, para poder seguir explorando la toxicomanía como una respuesta narcisista. Una respuesta que puede

hacer frente a la experiencia dolorosa. He aquí la otra vía que retomaremos en futuras elaboraciones.

## **Bibliografía**

- Freud, S. (1895): Manuscrito G. *OC*, vol. I, Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- (1895b): Proyecto de psicología para neurólogos. *OC*, vol. I.
- (1914): Introducción del narcisismo. *OC*, vol. XIV.
- (1915): La represión. *OC*, vol. XIV.
- (1917): Duelo y melancolía. *OC*, vol. XIV.
- (1920): Más allá del principio del placer. *OC*, vol. XVIII.
- (1924): El problema económico del masoquismo. *OC*, vol. XIX.
- (1926): Inhibición, síntoma y angustia. *OC*, vol. XX.
- (1930): El malestar en la cultura. *OC*, vol. XXI.